

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



*Felipe E. Mac Gregor, S.J.*

*Cincuenta años  
en la Universidad Católica*

Cuadernos del Archivo de la Universidad 9

Lima, 1998

## *Cuadernos del Archivo de la Universidad*

### Comité editorial

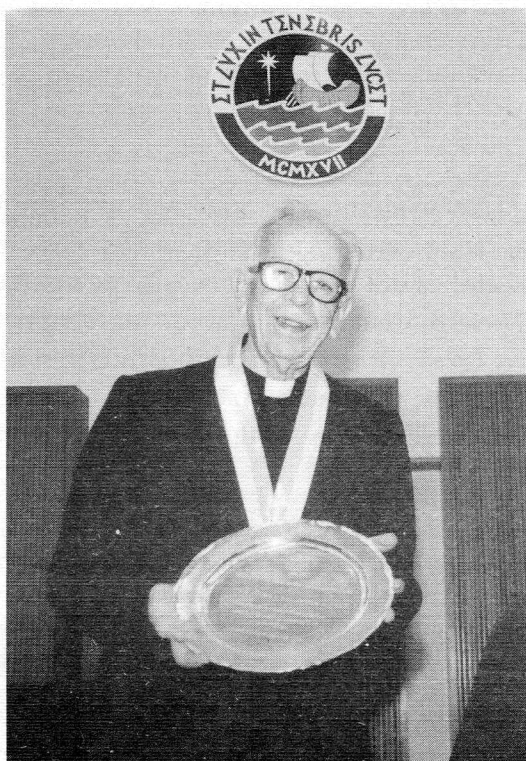
Presidente : José Agustín de la Puente Candamo

Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla  
René Ortiz Caballero  
Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz  
Archivero de la Universidad

Felipe E. Mac Gregor, S.J.: cincuenta años  
en la Universidad Católica. -Lima: PUCP,  
1998.

52 p.; 20 cm. (Cuadernos del Archivo de  
la Universidad: 9)



*Felipe E. Mac Gregor*

Padre Felipe E. Mac Gregor S.J.  
Rector Emérito  
Pontificia Universidad Católica del Perú  
(Foto por Martín Zevallos Ullauri)

El concurrido acto académico de homenaje al padre Felipe E. Mac Gregor, S.J. se realizó en el Auditorio de Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú el viernes 13 de noviembre de 1998, a mediodía. Hicieron uso de la palabra, sucesivamente, el doctor Marcial Rubio Correa, vicerrector administrativo; el doctor Salomón Lerner Febres, rector; y el padre Mac Gregor, rector emérito, quien recibió un plato de plata con la siguiente inscripción:

*La Pontificia Universidad Católica del Perú*

*a*

*R.P. Felipe E. Mac Gregor, S.J.*

*Con afecto y gratitud al cumplir  
cincuenta años de entrega a la Institución*

*Lima, noviembre 13 de 1998.*

*La finalidad de la enseñanza universitaria es no solamente la comunicación de un saber adquirido, sino el despertar la iniciativa, la creatividad, el espíritu de búsqueda de cuantos intervienen en ella.*

*Célula viva de la universidad se ha llamado a la relación profesor-alumno. Y es esta célula viva el mejor instrumento para poder dar la adecuada formación moral e intelectual que el alumno requiere para encaminar los inseguros pasos preprofesionales, para seleccionar u orientar al alumno según sus propias capacidades y para detectar las verdaderas vocaciones de investigación y docencia.*

*La Pontificia Universidad Católica del Perú cree que su misión propia es la indagación de la verdad a la luz de la fe y de la razón, su servicio a la comunidad nacional mediante la formación profesional de hombres y mujeres competentes y su servicio también a la comunidad espiritual de los bautizados mediante la formación de cristianos que han esclarecido su fe con algunas de las exigencias del saber moderno. La extensión de la verdad conocida o de la competencia profesional a sectores no universitarios del país es, finalmente, una parte de su labor.*

**Felipe E. Mac Gregor, S.J.**  
Rector Emérito  
Pontificia Universidad Católica del Perú



## *Presentación*

El archivo de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) ha tenido la feliz iniciativa de dedicar el presente Cuaderno a una de las personalidades más vinculadas con la historia de nuestra Casa durante las últimas décadas: el padre Felipe Mac Gregor.

De hecho, la evolución de la PUCP no se podría comprender sin tener en consideración la labor que tuvo el padre Mac Gregor como rector de nuestra Universidad durante casi quince años.

Es durante su rectorado que se consolida la Universidad en aspectos medulares de su vida institucional. No es posible sintetizar en breves líneas todo lo que el padre Mac Gregor hizo por la Universidad dentro de ese periodo. Sin embargo, cuando menos podríamos decir que sentó tres pilares esenciales para afianzar a la PUCP y convertirla en la universidad privada más importante del país, al: (a) dotarla de un *campus* propiamente académico; (b) fortalecer -casi diría constituir- su planta de profesores; y (c) impulsar la investigación.

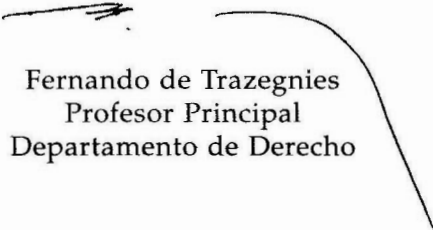
La mudanza al *campus* del fundo Pando fue decisiva en su transformación de una colección de escuelas a veces más y a veces menos brillantes, en una verdadera universidad. La Universidad pasó de la dispersión de Facultades por diferentes locales del centro de Lima, a una sola sede pensada como universidad. Este hecho permitió que se crearan por primera vez las condiciones para que germinara una verdadera comunidad universitaria en la cual fuera posible establecer contactos tanto entre alumnos como entre profesores de diversas especialidades. A su vez, ello permitió organizar los servicios universitarios indispensables para desarrollar el espíritu académico, de una manera coherente y eficiente. Cabe notar que, dentro de la "behetría" anterior, existían Facultades (como la de Derecho) que, a pesar de que sus conocimientos estaban basados fundamentalmente en una cultura textual, carecían de acceso a una biblioteca especializada.

Por otra parte, el padre Mac Gregor se empeñó en llenar este nue-

vo local con un mayor número de catedráticos y de la dedicación de los profesores de la PUCP. En dicho periodo decenas, por no decir cientos, de profesionales de primer nivel decidieron consagrar de alguna forma su vida a la Universidad, para quienes la enseñanza se convirtió en parte esencial de su vida activa.

El tercer aporte mencionado antes fue el notable impulso a la investigación, resultado de la conciencia del padre Mac Gregor de la necesidad de no limitarse a la difusión de conocimiento sino también empeñarse en la creación y en el descubrimiento de nuevos conocimientos a través de la investigación como elemento *sine qua non* de cualquier institución que pretenda tener carácter universitario.

En pocas palabras, gracias a la obra del padre Mac Gregor, la Pontificia Universidad Católica del Perú ha quedado organizada como una verdadera comunidad universitaria, es decir, como una institución libre, pluralista, orientada a la búsqueda de la verdad sin más condición ni limitación que la calidad académica, el rigor en el razonamiento y la honestidad intelectual.



Fernando de Trazegnies  
Profesor Principal  
Departamento de Derecho

*Felipe Mac Gregor, S.J.:  
un padre de misa y de trabajo \**

*Marcial Rubio Correa*

Hace un tiempo, refiriéndose a la enseñanza pretendida en el colegio del que fue rector por varios años, el padre Mac Gregor nos decía a los exalumnos: "Aquí se les ha enseñado a querer a Dios, al Perú y a la verdad". Hace unos días, cuando llamé para pedirle su currículum, me lo resumió pensando primero en el Evangelio y luego en su historia personal. Me dijo: "*Marcial, soy pecador, sacerdote y docente universitario*".

El sacerdocio guarda una relación especial con Dios y la docencia con la verdad. Sin embargo, aun cuando hay quienes sostienen que el nacionalismo es un pecado, en el sentido que el padre Mac Gregor da a las cosas estas dos enumeraciones no son coincidentes. Si dejáramos de lado el elemento evangélico de su autodefinición, diríamos que el padre Mac Gregor es sacerdote, docente universitario y peruano.

Peruano en muchos sentidos pero, en última instancia, como grata aceptación del lugar que Dios le eligió para, privilegiadamente, buscar el bien de los demás: el lugar en el que le toca ejercitar de manera más directa la caridad y la solidaridad, el amor al prójimo.

Todos lo hemos escuchado decir que su destino depende de sus superiores de la Compañía de Jesús, pero suponemos que, de haberlo pedido, no se le hubiera negado el permiso para dedicarse,

---

\* Un día, la hija menor del autor, Daniela Rubio Giesecke, a la sazón con cinco años de edad, preparó una lista de los sacerdotes que ella conocía. Al revisarla, Marcial dijo a su hija: "*Te falta el padre Mac Gregor*". Daniela contestó: "*Pero el padre Mac no es padre de misa sino de trabajo.*" Luego de que Daniela viera al padre Mac Gregor celebrar misa, Marcial le preguntó: ¿Y? En ese momento, Daniela respondió con la frase que titula este discurso de orden.

por ejemplo, a la Universidad de Naciones Unidas. Si bien el padre Mac Gregor es reconocido en varios ámbitos de la vida internacional por haber realizado en ellos muchas actividades de importancia, siempre fue allá para traer lo esencial y desarrollarlo luego en el Perú.

Sin embargo, también es peruano como testigo de la diversidad y consiguiente riqueza del Perú, como persona que denuncia sus injusticias y fracturas, como trabajador en pro de una cultura de paz. En sus escritos se puede ver que concibe al ser humano con una dimensión universal, pero también con una dimensión social concreta que es la que da particularidades a un peruano y lo diferencia de otras personas, no para empobrecerlo sino todo lo contrario, para enriquecerlo. El padre ha escrito que una socialización integral en su familia y en su entorno social permite condiciones para hacer de cada persona un ser creativo y pacífico, capaz de buscar su propio desarrollo y de colaborar con el de los demás. La paz, así concebida, tiene por tanto dimensiones universales pero también nacionales y locales. Debe ser por ello que el padre Mac Gregor siempre remarca, no sólo su ser peruano, sino también su orgullo de haber nacido en el Callao.

Esta manera de sentir el ser peruano, forma parte de su dimensión sacerdotal, en la que ha buscado siempre encontrar la pastoral tanto en el oficio estricto de religioso como en el trabajo cotidiano. Considera que ser sacerdote es, a la vez, cumplir el rito con el significado profundo que tiene, y estar presente en el mundo, interactuando con los seres humanos en una variedad de relaciones presididas siempre por el compromiso evangélico. Su sacerdocio ha abarcado tanto sus labores de clérigo como su trabajo intelectual y de gobierno de instituciones.

Quienes hemos trabajado cerca de él sabemos que un día cualquiera de su vida comienza con una misa temprana para luego, por ejemplo, dar paso a la redacción de un editorial de actualidad para un periódico; proseguir con la atención espiritual de un alma necesitada para pasar, de inmediato, a una conferencia de prensa de Transparencia a fin de salvaguardar la limpieza de los comicios nacionales. Luego, podrá haber un almuerzo de trabajo o entre

amigos (aunque estos últimos también suelen ser de trabajo) para, en breve, avanzar sobre la clase universitaria de Irenología; continuar con el breviario y el rosario y concluir, ya en la noche, con un panel sobre algún tema candente de actualidad, muchas veces organizado por él mismo. Invariablemente, tratará de recogerse temprano para no estorbar la misa de mañana por la mañana y no se debe olvidar que siempre será posible la visita a algún enfermo y, además, que una tarde a la semana es inubicable porque se reúne con sus hermanos jesuitas en la casa común.

Vecina a sus concepciones de peruano y sacerdote, es su labor de docente universitario. En el colegio enseñó muchas cosas, incluidas las matemáticas pero, en la Universidad, comenzó, precisamente en 1948, con el curso de Lógica y, luego, con el de Ética, al que dedicó toda su larga época de profesor de aula antes de ser rector en 1963.

Los recuerdos del curso de Ética están impresos en la memoria de sus exalumnos. El énfasis que ponen cuando mencionan la *Ética a Nicómaco*, habla bien de que no había más alternativa que "sabérsela", con toda la variedad de significados que la expresión "sabérsela" puede adquirir en un aula de clases. La sabiduría grecolatina está siempre presente en el pensamiento del padre Mac Gregor: leyó a los latinos en latín y a los griegos en griego. Siempre mide la calidad de los conceptos con el rigor metodológico de los clásicos. Son, para él, una forma del pensamiento y un instrumento de aguda crítica teórica.

Pero, para la Pontificia Universidad Católica del Perú, el padre Mac Gregor no fue solamente un profesor de aula: en 1963 fue nombrado rector, cargo que ejerció ininterrumpidamente hasta el año 1977. Si bien la Universidad tuvo siempre una tendencia marcada al desarrollo y a la potenciación de sus posibilidades y supo asumir las grandes crisis de crecimiento que le tocó vivir, fue durante el rectorado del padre Mac Gregor, que esta casa de estudios vistió sus pantalones largos o, si se prefiere en esta época de saludables igualdades, se puso el "traje sastre" de la equivalencia femenina, porque ya las damas empezaban por esos años a acrecentar su presencia en nuestras aulas.

Lo más palpable fue el desarrollo físico. Hasta principios de los sesenta la Universidad se hallaba diseminada en varias casonas del centro de Lima. Pando era una hacienda enfeudada y el sentido de unidad resultaba difícil de lograr, tanto para autoridades y profesores, como para alumnos. El rector impulsó decididamente la construcción de nuestro *campus*. Su lejanía geográfica de la zona urbanizada de Lima era tal que, en 1971, el Consejo Universitario debatió sobre la posibilidad de poner un servicio de ómnibus propio desde la avenida Brasil hasta la avenida Universitaria por la escasez de transporte existente en el área. Algunas unidades fueron reacias a venir al nuevo *campus* y, de entre ellas, Derecho que es a la que pertenezco, luchó como se usa decir, "hasta las últimas consecuencias". Sólo el terremoto del 3 de octubre de 1974, oportunamente secundado por unos informes técnicos, impuso nuestro traslado. A partir de entonces, circulamos por todo el *campus* utilizando aulas por caridad, hasta que fuimos ubicados en las casetas prefabricadas que fueron nuestro hogar por catorce años. Alcanzamos el sueño de la casa propia en 1989 y, para comprobar una vez más que los últimos serán los primeros, hoy estamos aquí, nada menos que en este hermoso Auditorio de Derecho. En cualquier caso, en ese entonces, mudarse a Pando era más un sueño que un proyecto, pero se hicieron todos los esfuerzos y, gracias a ellos, se construyó el hábitat intelectual en el que hoy laboramos.

Menos observable a simple vista, pero de mucha envergadura, fue la modernización administrativa que hizo posible el desarrollo integral de la institución. En buena medida, aún utilizamos las grandes líneas de la organización que él diseñó. A fines de los años sesenta las normas universitarias dadas por el gobierno exigieron nuevos cambios y la Universidad fue capaz de navegar a buen puerto en mares agitados.

Pero lo que debe ser reconocido como el aporte más importante del padre Mac Gregor en su rectorado, fue el desarrollo y la diversificación académica de la Universidad en un clima de pluralidad y tolerancia. Destacó el desarrollo y consolidación de la carrera de profesor universitario: el número de docentes a tiempo completo se incrementó notablemente y muchos de ellos pudieron hacer estudios de postgrado con formas diversas de apoyo

institucional. La modernización de los métodos de enseñanza, el desarrollo de los laboratorios para el trabajo científico, el establecimiento de la Facultad de Ciencias Sociales, la reforma de la Facultad de Derecho y la apertura de nuevas especialidades y profesiones para dar un servicio actualizado a la sociedad, son sólo algunos de los aportes significativos realizados en este terreno.

Las puertas del diálogo fueron abiertas y la tolerancia enriqueció el debate. No se recortó la entrega de conocimientos, de esquemas generales de pensamiento ni de espacios de discusión. En la Universidad Católica de aquellos años se incubó para el país, toda una generación de dirigentes muy diversos entre sí, que hoy cuentan con una rica y variada gama de posiciones políticas y de apreciaciones de la sociedad. Esta apertura fue y es característica de nuestra casa como conjunto. El diálogo de posiciones sostenidas con exigencia académica y con ánimo de esclarecimiento, es el que permite la depuración de los errores en el pensamiento propio, y el avance del conocimiento colectivo.

El final de la década de los sesenta, que coincidió con la mitad del gobierno rectoral del padre Mac Gregor, fue época de grandes turbulencias sociales y universitarias. Se instaló un espíritu de búsqueda y de transformación. La juventud consideraba que el mundo era una construcción que podía ser estudiada, comprendida y cambiada por propia voluntad. Los arquetipos sociales tradicionales fueron sustituidos por reglas innovadoras que se manifestaron en muchos aspectos de nuestra vida. Si hasta hacía poco se discutía sobre la indispensabilidad del saco y la corbata en clase, los alumnos empezaron a usar el *blue jean* y la casaca, inclusive en la Facultad de Derecho, lo que ya es bastante decir. Si la Universidad se puso el "traje sastre" del desarrollo, las alumnas cambiaron prestamente el suyo por los pantalones y la chompa holgada.

Una mañana, a principios de junio de 1969, el Centro Federado de Derecho organizó una marcha de Riva-Agüero hacia la Plaza Francia en protesta por decisiones tomadas por el gobierno militar. Parado sobre una banca de clase llevada *ex profeso* a la esquina de Huancavelica y Camaná, el Presidente del Centro Federado hizo la arenga correspondiente a las circunstancias y, cuando la marcha

empezaba a organizarse, apareció súbitamente "la represión". Nos refugiamos en la casona de Riva-Agüero y cerramos el portón, pero una tanqueta lo forzó y la policía invadió el local lanzando bombas lacrimógenas. El rector, cuya oficina daba al patio, salió a protestar flanqueado por algunos profesores que estaban allí al acaso. Todos ellos fueron maltratados por el pelotón de las fuerzas del orden. La noticia se esparció por todo el país y, que recordemos, fue una de las pocas oportunidades en las que el general Velasco invitó al agraviado a Palacio de Gobierno para pedirle públicas disculpas. Sin duda, esto ocurrió por la importancia de la Universidad Católica y por el prestigio de su rector.

Hay que recordar que en aquellos años hubo un mayo del 68 en París y otro mayo del 68 en nuestra Universidad; este último fue vivido con tal intensidad que, originalmente, no notamos el mayo francés: fuimos conscientes de él después, cuando las aguas se calmaron en nuestros propios espacios.

Aquí, todo comenzó con un pedido de modificación del sistema de pensión única que en ese entonces cobraba la Universidad y, en el desarrollo de los hechos, siguió con la osadía de la dirigencia de la Federación de Estudiantes (la FEPUC) de convocar a los alumnos a un referéndum para pedir la renuncia del rector. Pocas horas antes de que se iniciara la votación respectiva, el Consejo Superior, que así se denominaba entonces, ordenó el receso de las actividades académicas en todas las unidades. Los días que siguieron fueron de tensión y, conforme se acercaba la fecha de los primeros exámenes (en aquel entonces los cursos eran anuales), era obvio que la posición de la Federación se debilitaba. Luego de muchas idas y vueltas, el momento de máxima debilidad estudiantil llegó una tarde en la que el Consejo Superior estaba reunido para tomar determinaciones. La sesión se prolongó y esa noche, en el local de la FEPUC ubicado en Jirón Huancavelica 110 oficina 14, el grupo de dirigentes que analizaba la situación llegó a la conclusión de que la autoridad, al día siguiente, exigiría a los estudiantes la desafiliación de la Federación como requisito para reiniciar las labores y dar los exámenes. Ya no había cartuchos en los arsenales estudiantiles pero, por lo menos, habría un Morro para la inmolación.

Al día siguiente la Federación no recuperó cartuchos y perdió el Morro. No se trataba ni de victoria ni de inmolación. El presidente de la FEPUC tuvo ante sus ojos un acuerdo del Consejo Superior que, en realidad, ofrecía una transacción: si la Federación retiraba el acuerdo de referéndum, se reiniciarían las labores académicas y se elaboraría un sistema de pensiones diferenciadas. Así ocurrió y unos meses más tarde, una FEPUC digna y en franca convalecencia festejó (merecidamente, creemos) el establecimiento por la autoridad del sistema de pensiones diferenciadas.

Desde entonces, las pensiones tuvieron diversos valores y características, algunas veces se llamaron por números y otras por letras; a veces, inclusive, coexistieron dos tablas de pensiones distintas. Pero el objetivo inicial se ha mantenido ya durante treinta años: en un país de desigualdades e injusticias, de profundas brechas sociales y de falta de oportunidades, la Pontificia Universidad Católica del Perú se negó a ser una institución de élite socioeconómica y procuró, hasta el límite, convocar y servir a un amplio espectro de sectores sociales del país. La Universidad fue y es, desde entonces, un símbolo de pluralidad social con calidad académica, un ejemplo actuante para la difícil integración y para el desarrollo del Perú.

Muchos años después, en una espera de aeropuerto, repasé con el padre Mac Gregor estos recuerdos y le pregunté el porqué de esa última decisión del Consejo Superior invitando a la transacción, en vez de imponer la victoria contundente de la autoridad, cosa que en aquel momento prácticamente le estaba asegurada. El padre, parcamente, me contestó: "La FEPUC tenía que entrar en veda, pero no debía desaparecer".

Este episodio es parte de nuestra historia: contribuyó a forjarnos, fue la consolidación de un proceso muy importante de democratización interna de la Universidad y de él nació una medida de justicia que fue el sistema escalonado de pensiones. Desde aquella conversación de aeropuerto con el padre Mac Gregor a mí me quedó, además, la impresión de que bajo su autoridad y conducción aprendimos a transigir y se nos enseñó que lo importante no era el triunfo arrasador sino la construcción de institucionalidad. Cuán-

to bien le haría al país que todos aprendiéramos estas reglas de juego que, en última instancia, son de mutuo respeto.

Casi un año después de estos hechos, el Gobierno Militar dictó una ley universitaria según la cual para ser representante estudiantil había que figurar en el quinto superior del rendimiento académico de la respectiva promoción. El entonces secretario general de la Universidad fue comisionado para elaborar los planillones correspondientes. Alberto Varillas ocupaba ese puesto y cuenta que una mañana tuvo que presentarse ante el rector, indudablemente con esa mezcla de dramatismo e ironía que siempre ponía en los momentos complicados: "Padre Mac Gregor -cuenta que le dijo-, todos los de la FEPUC están en el quinto superior".

Supongo que el padre Mac Gregor miró aquellos papeles con resignación, pero se habrá reconfortado por haber elegido unos meses antes la opción de "encarrilar pero no destruir" a su dirigencia estudiantil. Hoy, muchos de los que aquella noche tomamos posiciones en el Morro evanescente de Huancavelica 110 oficina 14, somos profesores ordinarios de la Universidad y estamos aquí, participando de este acto de homenaje a nuestro rector de entonces, lo que es prueba palpable de cuanto se construyó en la cotidianeidad de aquellos años, en sus horas difíciles y gratas y, en definitiva, en ese trabajo conjunto y dialéctico que realizamos.

El padre Mac Gregor concluyó su rectorado en 1977 y pronto supimos que había sido nombrado miembro del Consejo de la Universidad de Naciones Unidas, cargo que desempeñó entre 1977 y 1983. "Ascendió" fue una opinión; "lo perdimos" fue otra más bien complementaria que excluyente de la primera. Pero concluido ese encargo el padre Mac Gregor regresó al Perú para dedicarse a la *Irenología* que es el nombre que tiene la ciencia de la paz: había tomado contacto con ella durante su paso por la Universidad de Naciones Unidas. Fundó primero la Asociación Peruana de Estudios e Investigación para la Paz (APEP) y, unos años más tarde, el Instituto de la Paz germinado en la Universidad del Pacífico pero que, previsiblemente, camina a convertirse en la primera unidad transinstitucional, si podemos utilizar ese término, dentro del Con-

sorcio que conformamos las universidades Cayetano Heredia, Lima, Pacífico y Católica.

Este segundo semestre de 1998, el padre ha inaugurado el curso *Cultura de paz* en Estudios Generales Letras y, ya entrado en las ocho décadas, lo dicta con la fuerza de sus primeros años aunque, acompasado a los tiempos que comenzaron en su rectorado, ahora suele ir a clase en mangas de camisa. Sus hermanos jesuitas del Colegio de la Inmaculada cuentan de los desvelos que ha pasado para preparar la materia por dictar, haciendo honor a aquella regla que dice que todo profesor universitario, por más experiencia que tenga en el aula, es "primerizo" en una materia hasta que no la dicte tres veces.

A estas alturas de su vida, cuando lo previsible era la conservación de lo hecho y un prudente retiro la ciencia de la paz comenzó, como una suave brisa, a tocarnos y a traernos el mensaje de la necesidad del trabajo mancomunado.

La lucha entre la violencia y la paz es cósmica, como ocurre con el enfrentamiento de muchas otras fuerzas extrapoladas dentro de las concepciones humanas. Pero lo que se juega entre la paz y la violencia es el desarrollo de cada ser humano y de la humanidad en su conjunto. El concepto "cultura de paz", ahora recogido por la UNESCO como una de sus banderas principales y del que se reconoce coautoría en el plano internacional al padre Mac Gregor, consiste en la creación de categorías de pensamiento humano compartido que promuevan el desarrollo y la solidaridad. El padre sabe que no es un proyecto fácil. Es previsible que no habrá una cultura de paz instalada en el mundo en corto plazo, pero en esto se le ha visto avanzar con la tenacidad que le da el mandato evangélico de ser levadura en la masa. De seguro, todavía muchos y mayores logros tendrá en este renovado tramo de su vida en el que se autoidentifica como un promotor de la paz.

Por eso esta celebración de sus bodas de oro como docente, que podría ser un viaje sentimental al pasado, un repaso de recuerdos, no es sino un alto en el camino cuando todavía falta un trecho nuevo e imprevisible por recorrer. Siempre recita aquel verso:

Caminante, no hay camino,  
se hace camino al andar.  
Al andar se hace camino,  
y al volver la vista atrás  
se ve la senda que nunca  
se ha de volver a pisar.

Aun cuando en estas latitudes los vientos no engrosan, esta brisa de la paz viene tomando volumen, dimensiones y maneras, no las del ciclón para arrasar y destruir, sino aquellas otras que sirven para convocar a un trabajo polifacético en pro de la supresión de la violencia en todas sus formas y de la creación de una cultura de paz.

Para allá vamos, sabiendo que habrá mucho por hacer. No será trabajo por la paz lo que escasee con el padre Mac Gregor a cargo de la operación.

En todo caso esto de hoy, no nos engañemos, sólo fue el vivac de la larga marcha para reconocer, en los recuerdos, todo lo mucho que aún puede preverse en el futuro para la fructífera y, por su propia voluntad, aún inacabada obra del padre Mac Gregor.

## *Con la mirada amplia*

*Salomón Lerner Febres*

Los homenajes que a lo largo de sus fructíferos años como sacerdote y maestro ha recibido el padre Felipe Mac Gregor han de ser ya innumerables. Al celebrar junto a él medio siglo de vida dedicada a la Universidad Católica, encontramos otra vez motivo para expresar el aprecio y el agradecimiento profundos que nuestra institución le debe; nos vemos ante la posibilidad de herir su modestia de hombre y sacerdote, así como de reiterar elogios que han sido ya pronunciados, sin embargo asumimos esos riesgos con entera complacencia, porque para nuestra comunidad académica el sentido de la obra de Felipe Mac Gregor, su trabajo fecundo como maestro, autoridad y sacerdote, concierne al espíritu mismo de la tarea que en cada jornada sentimos nos interpela. Se trata, entonces, sí, de una feliz reiteración, en la que las palabras quizá poco o nada puedan añadir al agradecido cariño que tantas generaciones le han ofrecido como justa respuesta a una tarea que no conoce el descanso ni el desaliento, y sin embargo, es menester pronunciarse porque no hemos nunca de sentir fatiga si tenemos el singular privilegio de atestiguar cómo hay hombres en quienes los viejos y profundos principios, lealtades y afectos, resistiendo el paso de los años, se renuevan.

Cincuenta años inserto en la trama vital de la Universidad Católica ha cumplido el padre Mac Gregor y éstos son mucho más que una cifra redonda o el simple transcurso de un tiempo dilatado; ellos contienen, en verdad, un tesoro nada secreto: la historia de una generosa entrega gestada, siguiendo el decir vallejiano, con intensidad y altura, desde las tan diversas y fértiles dimensiones que conforman una sola gran personalidad.

Así pues, Mac Gregor sacerdote, Mac Gregor autoridad, Mac Gregor maestro y amigo, son varias maneras de aludir a un mismo hombre que, íntegro en cada una de sus facetas, ha

demostrado la extraordinaria habilidad de interpretar adecuadamente valores, personas y circunstancias.

Con mirada amplia, que entiende las advertencias del presente y les da sustento en una sólida tradición, Mac Gregor, inspirado por el espíritu propio de su estirpe ignaciana, avizoró hace muchos años, en su recordada gestión en el rectorado, lo que nuestra Universidad habría de ser hoy en día, cualidad que le valió dirigir con mano inteligente y vigorosa los destinos de la Universidad en tiempos que reclamaban cambios profundos. No desconoció, en tales circunstancias, las posiciones adversas; supo guardar, empero, ese sabio equilibrio que permite escuchar de modo atento otras voces para mostrarse así capaz de decidir con firmeza y acierto. En comunión intensa con la Universidad, fruto de paciente y meditado esfuerzo, nunca hizo concesiones a los éxitos inmediatos y con lucidez y determinación del piloto de la nave que -para usar sus términos- ha de aferrarse al mástil en tiempos de borrasca, se convirtió en singular agente de una obra llamada a ser duradera. Por ello, con justa razón nos sentimos orgullosos de todo este largo tiempo en el que el padre Mac Gregor ha prodigado su sabiduría en los recintos de la Universidad Católica.

En el Perú, donde no es infrecuente oír a muchos afirmar, apelando a un lugar común pocas veces cuestionado, que el nuestro es un país del corto plazo en el que suele reinar la moral de la derrota: ¿Qué decir de nuestro rector emérito, maestro dentro y fuera de clases consecuente e incansable, que nos enseña a ver en los desafíos del presente la posibilidad de realizaciones plenas y trascendentes? ¿Qué decir de un hombre que, como él, no sólo se compromete con la realidad de nuestro pueblo desde una perspectiva teórica e inteligente, sino que asimismo se aproxima a ella con delicada sensibilidad para así llenarla de esperanza?

Encontrar respuesta a estas preguntas supone reconocer que detrás de la excelente misión cumplida durante los días de su rectorado se hallan presentes calidades esenciales que, justamente, explican las razones de su acertado gobierno. Refirámonos en primer lugar a su vocación de maestro y, por tanto, a su tenaz y hondo compromiso de educar, a través de la palabra y el ejemplo, no sólo

con el fin de formar hombres y mujeres diestros y eficientes, sino antes que nada a personas dotadas de la plena consciencia del valor encerrado en cada uno de sus actos. Las clases de Moral que impartió en el añorado local de la Plaza Francia han dejado notas indelebles en la historia de la Universidad y de manera más intensa en quienes tuvieron la singular fortuna de seguirlos, no sólo por el rigor de sus lecciones o por sus severas y a veces temidas evaluaciones, sino más fundamentalmente por el espíritu que en ellas se contenía, el cual, desbordando en la cátedra, la consistencia teórica y la memoria erudita, se anudaba con la vida misma invitando así a los alumnos a involucrarse existencialmente con sus enseñanzas. Y de esta permanente preocupación me place ser testigo directo, porque el padre Mac Gregor, gracias a su acostumbrada generosidad, permitió años ha que me desempeñara como su asistente de cátedra.

Mas la dimensión que nos habla de su ser más íntimo y del secreto de la juventud que se reafirma en cada uno de sus años es la del hombre de fe, quien desde el mensaje evangélico cumple el incansable apostolado del amor y de la inteligencia. En defensa de los valores de la justicia y la solidaridad, bajo la inspiración suprema de la caridad, ha dirigido sus desvelos a un tema que encierra los deseos más profundos del alma humana: el de la paz, que, entendida en su sentido más complejo e íntegro, no equivale a la mera ausencia de violencia, sino a la conducta positiva que personas e instituciones han de desplegar en una tarea de construcción paulatina y permanente por la que el espíritu mismo se transforma y se hace pleno en diálogo natural y fraterno con su entorno.

Nos enseña, pues, Felipe Mac Gregor que los afanes guiados por el amor desinteresado no hallan modo de agotarse ni de rendirse. Y cómo podría ser de otra manera en quien, ante todo sacerdote, se halla poseído de una fe profunda, que lo conduce a la búsqueda infatigable de la verdad que nos hace libres. Mac Gregor así nos lo ha enseñado: la verdad es también otra manera de referirnos al bien y a la justicia, no un valor a ser negociado como mercancía o encerrado en fórmulas impersonales que en nada atienden la humana realidad. La verdad, que por su propia esencia es buena, justa

y bella, se muestra más grande que las prescripciones urgentes de la rentabilidad y la eficacia y por eso en tiempos como los actuales es difícil a veces de comprender y mucho más todavía de convertirse en modo de vida.

Ahora bien, esta certeza que Mac Gregor recoge del mensaje evangélico y de la filosofía es precisamente aquella que pone en movimiento la vida universitaria. Podemos decir entonces que nuestro homenajeado encarna en su persona el mismo espíritu que anima a nuestra Casa y que ello explica por qué él se constituye en uno de los mejores testimonios del alma infatigable de la Universidad Católica.

Querido padre Felipe Mac Gregor, rector emérito, actual profesor y permanente amigo:

Constituye para mí un singular regocijo el manifestarle, en nombre de la comunidad universitaria a la que tanto se ha entregado, ese sentimiento hondo y constante que se profesa a quien día a día y por cincuenta años eligió esta casa de estudios como su segundo hogar. Reciba, como símbolo que desea expresar siquiera en atisbos nuestro inconmensurable afecto y gratitud, este presente cuyo tácito mensaje no dice otra cosa que la Universidad Católica se siente honrada al considerarse parte indesligable de su propio ser.

## CINCUENTA AÑOS EN LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

Señor rector,

Señores vicerrectores,

Amigos todos:

En una celebración como ésta las palabras sólo pueden brotar del corazón, de esta intimidad en la que uno conoce lo recibido y lo que dio a los demás.

Necesitamos símbolos: con gran generosidad ustedes quieren subrayar mi contribución a la Universidad Católica y convertirme en un símbolo de su transformación y progreso.

Yo quiero hablarles de otros "símbolos": del padre Jorge, del doctor Víctor Andrés Belaunde, del padre Vargas Ugarte, de monseñor Fidel Tubino, del doctor José de la Riva-Agüero y Osma; la generosa y diversa dedicación de estos hombres a la Universidad ha hecho posible que nos reunamos hoy para alegrarnos no sólo del crecimiento y progreso de nuestra Universidad, sino de la generosa dedicación de quienes la gobernaron antes que yo y la mantuvieron fiel a su misión.

No tuve la dicha de tratar personalmente al padre Jorge. Lo vi de lejos el 6 de enero de 1937 en la ceremonia de clausura del año académico 1936. Autoridades, catedráticos, alumnos y sus amigos estábamos reunidos en el salón largo al que volvería yo once años después a dar clases de Lógica y Ética; presidían la ceremonia el padre Jorge y el Ministro de Educación.

En la ceremonia se leían los nombres de los alumnos premiados: en Letras, Francisco Miró Quesada Cantuarias y Ella Dunbar Temple fueron los más premiados.

Seguí absorto la ceremonia envuelta, sin duda, en el halo de bon-

dad majestuosa que rodeaba al padre Jorge.

Días después volví a Buenos Aires a continuar mis estudios, llevaba prendida en el corazón la llama de amor a la Universidad Católica del Perú. Al colegio donde estudié llegaba la *Revista de la Universidad Católica*: leía con detenimiento los artículos del doctor José de la Riva-Agüero, la "Crónica del Claustro", etc.

En un cuaderno de *proyectos de vida*, recomendado por uno de mis profesores, escribí que mi trabajo apostólico como sacerdote sería el trabajo universitario.

Al terminar mi carrera eclesiástica mis superiores decidieron que debía seguir la carrera civil de Filosofía en una universidad anglosajona.

De paso por Lima, en diciembre de 1945, pregunté al padre Gerardo Alarco, entonces Secretario General de la Universidad, si podía visitar al padre Jorge. Me disuadió, el padre Jorge estaba retirado en Chaclacayo y no recibía visitas. Cuando falleció en 1947, yo estudiaba en el extranjero.

Pero Dios me ha regalado otra manera de conocer al padre Jorge: leer sus notas, sus cartas a sus superiores, sus intervenciones en las sesiones del Consejo Superior. La ocasión fue una decisión del rector, doctor Salomón Lerner, de escribir una Historia de la Universidad Católica con ocasión de los 80 años de su creación. Éramos un equipo coordinado por el doctor Franklin Pease. Me asignaron estudiar la historia institucional de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

En búsqueda de las fuentes recurrí a los padres de los Sagrados Corazones quienes con gran generosidad me abrieron sus archivos, además consulté el Archivo de la Universidad.

El padre Jorge tenía el gran don de juntar voluntades y, lo que es igualmente importante, confiaba en las personas y les daba muestras de esa confianza.

Una de las cualidades del padre Jorge fue su gran sentido de la realidad, este sentido lo condujo a impulsar el apostolado seglar.

Ejemplo de ello es la "Escritura de Constitución" de la Universidad Católica, también llamada *Carta Orgánica*, firmada, además del padre Jorge, por los señores Carlos Arenas y Loayza, Guillermo Basombrío, Víctor González Olaechea, Raimundo Morales de la Torre y Jorge C. Velaochaga.

Según la Carta Orgánica, la Universidad no es de la Congregación de los Sagrados Corazones, ni del Episcopado Peruano; la Universidad es de ella misma.

Copio los artículos cuarto, quinto, noveno y décimo de la Carta Orgánica por la especial importancia que tienen para todos nosotros.<sup>1</sup>

"CUARTO.- La institución será dirigida por un Consejo Superior compuesto de siete miembros que podrán aumentarse hasta nueve por el mismo Consejo cuando éste lo juzgue conveniente.

QUINTO.- Uno de los miembros del Consejo Superior será designado por el prelado de la Arquidiócesis de Lima y ejercerá su cargo por tres años, pudiendo ser nuevamente designado.

NOVENO.- El Consejo Superior elegirá de entre sus miembros a un rector, un vice-rector, un secretario y un tesorero.

DÉCIMO.- Ninguna elección será válida mientras no sea ratificada por el prelado de la Arquidiócesis de Lima. "

En el desarrollo de la Universidad Católica, San Marcos tuvo un papel importante, los primeros profesores de la Universidad Católica fueron graduados en la Universidad de San Marcos; por ley los programas de San Marcos debían ser nuestros programas; los alumnos postulantes a la Universidad Católica debían ser examinados por Jurados de la Universidad de San Marcos; en el Jurado de los exámenes de cada una de las materias debía haber un representante del Ministerio de Educación o de la Universidad de San

---

<sup>1</sup> Se adjunta el texto completo de la Carta Orgánica.

Marcos.

El recuerdo agradecido de la Universidad Católica al padre Jorge nos debe también enseñar a agradecer a la Congregación de los Sagrados Corazones. Durante muchos años nos alojaron en su casa, pudimos crecer por su generosidad.

El padre Jorge gobernó la Universidad treinta años, 1917-1947, estuvo cerca de la Jerarquía eclesiástica. Dos fueron sus grandes preocupaciones: la fidelidad de la Universidad al mensaje cristiano que la distinguía y el esfuerzo de alejarla del vaivén de la azarosa vida política reflejada en las sucesivas leyes universitarias.

Víctor Andrés Belaunde llega a la Universidad Católica después de un proceso personal de reencuentro con Dios y con una gran voluntad de servicio al Perú. Víctor Andrés Belaunde encuentra en la Universidad Católica un ambiente limpio, absorto en la discusión y la búsqueda honesta de la verdad, encuentra unidad en la diversidad y gran amor y deseo de servir al Perú. Inició sus labores en la Universidad en la cátedra de Derecho Internacional de la Facultad de Derecho; fue elegido decano de la Facultad de Derecho y, como tal, miembro del Consejo Superior.

El doctor Víctor Andrés Belaunde debió ser rector de la Universidad, esto es clarísimo: no lo fue porque el poder político era adverso a la persona de Víctor Andrés Belaunde, adversión que crearía dificultades y resistencias a la Universidad quien necesitaba entonces todas sus fuerzas para asegurar su propio crecimiento. Víctor Andrés Belaunde tuvo la hidalguía de aceptar ser vicerrector y más adelante prorector.

Gobernaba cuando el rector estaba ausente y cuando estaba presente era un fiel consejero. En 1946 propuso al Consejo Superior la creación del Instituto Riva-Agüero cuyo primer director y constante animador fue el doctor Víctor Andrés Belaunde.

Desde 1945 representó al Perú en la Organización de las Naciones Unidas. Durante sus estadías en Lima las actividades principales de este gran peruano fueron la de director del Instituto Riva-Agüe-

ro y el ejercicio del rectorado, en ausencia del rector titular.

He dicho públicamente, y en la intimidad a sus familiares más cercanos, que he sentido vergüenza interior de ser yo el rector y el doctor Víctor Andrés Belaunde el vicerrector.

Al doctor José de la Riva-Agüero y Osma lo conocí en 1936 en el Colegio de la Inmaculada, el día de San Luis Gonzaga; conversó largo rato conmigo sobre los balcones y las "tapadas". La segunda y última vez que lo vi fue en su debate con el doctor Víctor Andrés Belaunde sobre el laudo de Leticia.

Al igual que otro compañero de generación y de universidad, Víctor Andrés Belaunde y José de la Riva-Agüero retoman la antigua amistad y se vinculan a la Universidad Católica. El padre Jorge toma contacto con ellos y los invita a colaborar. La Universidad Nacional Mayor de San Marcos está cerrada. Riva-Agüero y Belaunde inician clases y colaboran en la recién fundada *Revista de la Universidad Católica*. No hay duda de que el prestigio intelectual de Riva-Agüero y Belaunde, maestros en la Historia y la Diplomacia, levanta enormemente la influencia y la seriedad académica de la Universidad Católica. Son incontables las manifestaciones públicas de vinculación de Riva-Agüero y Belaunde a la actividad de la Universidad Católica. Sin duda el Congreso Eucarístico de Lima, en 1935, fue un hito importante en esa vinculación. La Universidad Católica aumentaba en número de alumnos y en prestigio intelectual.

Riva-Agüero y Belaunde ocupan puestos importantes en las Facultades de Letras y Derecho. Riva-Agüero llega a ser miembro ilustre del Consejo Superior de la Universidad Católica.

Al redactar su testamento, Riva-Agüero deja la totalidad de su fortuna a la Universidad Católica, Pontificia desde 1942.

Conocí muy de cerca al padre Rubén Vargas Ugarte, aprendí mucho de su laboriosidad y celo apostólico. Fui su superior religioso en el Colegio de la Inmaculada al mismo tiempo que su súbdito en la Universidad Católica donde yo enseñaba Lógica y Ética en la Facultad de Letras. Su decanato en la Facultad de Letras imprimió

seriedad no sólo en los estudios de Historia, sino también en los de las otras especialidades.

En el gobierno de la Universidad se ocupó de cosas verdaderamente importantes, tales como la situación legal de la Universidad Católica y su espinosa relación de dependencia de la Universidad Nacional de San Marcos; la situación patrimonial después del legado del doctor José de la Riva-Agüero. Logró resolver el primer asunto mediante el apoyo del Ministro de Educación Juan Mendoza Rodríguez. La ley 11003 (17-abril-1949) dio a la Universidad Católica todas las prerrogativas de universidad nacional.

Para atender a la situación económica y patrimonial creó el *Consejo de Administración* del que formaron parte hombres de empresa y profesores universitarios. En las deliberaciones de ese Consejo de Administración se decidió trasladar la Universidad al Fundo Pando.

Al padre Vargas Ugarte sucedió como rector monseñor Fidel Tubino, entonces obispo auxiliar de Lima y profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica. Asumió el cargo en 1953 y, reelegido, gobernó hasta 1963.

Buscando lo más característico del gobierno de monseñor Tubino diré que fue *lo jurídico*, en Derecho Civil y en Derecho Canónico.

En Derecho Civil, se dedicó con gran prolijidad a trasladar el dominio de los bienes de la herencia Riva-Agüero, administrados por la Junta de Albaceazgo, a la Universidad Católica. En conversaciones con el doctor Ernesto Alayza Grundy, le he oído que fue una obra maestra: en materia jurídica monseñor Tubino era *capaz de cortar un pelo en el aire*, según el doctor Alayza.

En Derecho Canónico se dedicó a integrar al Estatuto de la Universidad las exigencias requeridas -según la opinión de monseñor Tubino y de monseñor Lardone, Nuncio Apostólico en Lima- por su nuevo *status* de Pontificia. El Nuncio Apostólico en Lima había sido profesor de Derecho Canónico en la Universidad Católica de Washington, fundada por los arzobispos y obispos de los Estados Unidos de Norteamérica.

Según esta opinión, se creó el Consejo de Gobierno, formado por los arzobispos del Perú, el rector, el prorector de la Universidad y el vicerrector administrativo; tenía funciones muy amplias y se reunía dos veces al año. Era un mecanismo muy difícil: la familiaridad de los arzobispos con los asuntos de la Universidad era muy limitada, por ejemplo debían decidir sobre planes de estudios, inversiones, nuevas Facultades, etc.

El Consejo de Gobierno duró hasta que el Decreto-Ley 17437 creó el *Sistema de la Universidad Peruana*, administrado por el Consejo Nacional de la Universidad Peruana (CONUP).

En la intensa vida vivida por el Perú en 1969 la Universidad Católica tuvo la valentía y decisión para estar presente como universidad, es decir, para llevar adelante su labor propia y además ocuparse de discernir, juzgar, criticar, aportar nuevas ideas a problemas tales como la reforma de la administración pública, la reforma de la organización universitaria, la reforma agraria, el pacto regional andino, etc. Todos estos asuntos han sido tratados en cursos, lecciones, debates, informes, análisis de situaciones, propuestas de soluciones alternativas, etc., la Universidad como institución cumplió así esta parte de su tarea.

El CONUP distribuía y administraba la partida presupuestal dedicada a la educación superior. Con el Instituto Nacional de Planificación (INP) autorizaba los pedidos de préstamos al exterior. La Universidad Peruana Cayetano Heredia y la Universidad Católica recibimos en esos años, hasta 1981, del Presupuesto Nacional diversos montos de ayuda económica.

Amigos todos, hablar de los rectores que me han precedido no sólo me parece justo sino que nos enseña, nos lleva a nuestras raíces, nos hace conocer aspectos de nuestra historia. Zubiri decía: "Somos porque fuimos y seremos porque somos".

Muchas gracias.

Felipe E. Mac Gregor, S.J.



*Entrevista*



*Las confesiones del padre Mac Gregor:  
medio siglo al servicio de Dios y de los hombres \**

José Santillán Arruz

Sus estudios primarios no los hizo en una escuela pues su abuela fue su gran maestra. Y aunque quiso ser marinero, pudo más el arduo camino de la sotana.

*Hace unos días el reverendo padre Felipe Mac Gregor cumplió 50 años como docente de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Dicha casa de estudios no dejó pasar la oportunidad y le rindió un justo y merecido homenaje, toda vez que este sacerdote jesuita es la representación viva y señera de la cultura peruana. Hombre sencillo, lleno de preocupaciones y de esperanzas, **El Comercio** tampoco quiso pasar por alto la ocasión y menos aún dejar de escuchar las palabras del extraordinario docente cuya vida ha consagrado por completo al servicio de Dios y de los hombres. Simples recuerdos o confesiones de parte, el padre Mac Gregor nos traslada a su niñez, sus inicios, aflicciones y esperanzas, aquellas, que tal vez sean las mismas que todos tenemos en el corazón.*

*- Medio siglo, padre, no es poco y, sin embargo, usted parece incansable, imbatible... ¿Le fue fácil llegar a ser sacerdote?*

- Son esas cosas que el destino y que Dios señalan. Mi familia y yo teníamos una gran ilusión: convertirme en un marino. Siempre soñé con serlo. Recuerdo que mi padre trabajaba en la Compañía Peruana de Vapores y su imagen, aquella que quería imitar, había hecho que se convirtiera en mi mayor ilusión... Un día, sin embargo, tuve que pasar el examen médico. La idea era convertirme en parte de 'los pingüinos' que era una especie de noviciado de dos años previos a la escuela naval. Los cadetes usaban un uniforme

---

\* Entrevista realizada en el Colegio de la Inmaculada el domingo 15 de noviembre de 1998 y publicada en el diario *El Comercio* al día siguiente (Lima: 16 de noviembre de 1998, p. A8).

que parecía una especie de frac, con una colita pequeña. Entonces tenía 16 años y la verdad era muy inquieto. A esa edad tenía un brazo roto, el rostro con una pequeña cicatriz y un ojo izquierdo dañado... El examen como es de suponer no fue exitoso. Me dijeron entonces que yo no podía ser marino. Aquello fue muy duro para mí.

- *Mucha frustración*

- En realidad tenía una enorme desesperación. Mi abuela que me vio tan mal decidió traer a un sacerdote, un padre jesuita que era su confesor. Cierta día, este padre, un francés llamado Le Cock se me acerca y me pregunta si quería ser jesuita. Recuerdo que me quedé pensando "jesuita, ¿qué es eso?". Por una cuestión de modales de la época le dije que sí. Pero fue una respuesta por modales que buscaba complacer al sacerdote. Cierta día estando de vacaciones volví a encontrar al padre, entonces comprendí que él quería que yo fuera sacerdote, algo que yo nunca había pensado. Aún así me pidió que lo fuera a ver y no lo hice. Un día, sin embargo, fue a visitarme a casa y reprochó a toda mi familia por no permitirme vestir los hábitos. Yo estaba en un verdadero problema. También me invitó a un bautizo de tres muchachos y me pidió ser el padrino de uno de ellos. Eran miembros de la familia Durant Aspíllaga. Aquella ceremonia me dejó ensimismado, pero con un enorme bienestar interior que me llevó a pensar que a lo mejor, todo esto de ser sacerdote podía ser más interesante de lo que yo creía. Así que acepté y un día después viajé a Argentina para hacer mis primeros estudios.

- *¿Y cuándo se ordena de sacerdote?*

- En 1944. Ya son 54 años...

- *Tal vez en todo este tiempo haya tenido desilusiones y también felicidad...*

- Desilusiones tenemos todas las personas, alegrías también. Felizmente soy una persona constante. Y cuando me hice sacerdote me sentía tranquilo, sereno. Sabía que había hecho bien al elegir el

camino de servicio a los hombres y de servicio a Dios. Había ciertamente, como la hay hasta hoy, una seguridad que nunca he puesto en duda: mi vocación. Mire dónde estoy ahora... Son más de 50 años y me siento bien.

- *¿Y cómo llega a ser docente ?*

- Estudié ciencias en Argentina. Como era bueno en números vine a enseñar a Lima, en 1936, en el Colegio de la Inmaculada. Aquí enseñé matemática desde el segundo al quinto de media. El cardenal Augusto Vargas fue mi alumno y era muy bueno... Un chancón empedernido. Recuerdo que salí 'Excelencia de Honor'. También le enseñé al ex presidente Francisco Morales Bermúdez. Pancho que estaba en tercero de media, era mucho más chancón todavía. También fue 'Excelencia de Honor' en su promoción. Recuerdo también que en quinto de media me dieron para enseñar Geología. He tenido la suerte de ser el profesor del mejor geólogo del Perú, Alberto Benavides de la Quintana.

- *Usted empezó muy joven como profesor*

- Tenía 22 años en realidad. Tiempo después también viajé a muchos lugares para seguir estudiando y enseñando como lo hice en Bolivia. Al terminar mis estudios en Argentina ya había concluido la Segunda Guerra Mundial. Así que viajé a Nueva York para concluir mis estudios de Filosofía. Al final de ese año supe de la escasez de sacerdotes en Lima, así que retorné. En 1948 pasé a engrosar las filas de la Universidad Católica... Aquí enseñé lógica, ética, moral.

- *¿Algo que parece que falta mucho en el país?*

- Sí, bastante (risas). Son cosas que faltan en muchos lugares del país.

- *¿Y el docente aprendió algo en todo este tiempo?*

- Sí, sobre todo el respeto a la singularidad y particularidad de cada ser humano. Tengo el convencimiento de que no se puede

moldear al mundo tal como cada uno de nosotros lo pensamos. He visto a muchos sobresalir por su esfuerzo y ellos también tienen su visión del mundo. Hay una gran capacidad en muchos, sobre todo en aquellos sectores donde el que menos recursos tiene, se esfuerza por ser mejor. Son gente capaz, a la que hay que acercarse. Y es en la educación donde está esa enorme posibilidad.

- *¿Cómo ve el país?*

- Con mucha preocupación. En la misa de hoy dije durante la homilía que mi gran preocupación es la ausencia de trabajo, pues no hay empleo y tampoco propuestas. Hemos pasado a formar parte de la gran revolución tecnológica y, lamentablemente, ésta no tiene en cuenta al hombre. Lo que se busca son sólo resultados. Una máquina puede reemplazar a dos o tres personas en busca de la perfección, pero ¿qué hay de aquellos sin trabajo? Una autora francesa se refería a todo este proceso como el 'horror económico', que no es otra cosa que la deshumanización de la sociedad.

- *Oscuro panorama, ¿verdad?*

- La verdad no lo sé. Quisiera tener una varita mágica y poder saber a dónde vamos. Pero a pesar de todo, creo que la solución a todos los problemas del país está en la educación. Ya hemos tenido una experiencia capacitando a mucha gente que se da cuenta de lo que ocurre y no quiere estar de espaldas a la realidad. Nadie quiere más violencia, ni siquiera la callejera.

- *Por ello usted insiste en la cultura de paz y no se da tregua*

- Me interesa mucho eso. Me interesa saber cómo no emplear la fuerza para resolver un conflicto, lo cual no significa que dejen de haberlos. Pero creo que se debe forjar un pensamiento que nos indique que no se puede usar la fuerza política, económica o social para imponer algo. Estoy hablando de cómo deben ser mis valores, mis actitudes, cuál debe ser mi reacción frente a los conflictos. La solución no es "yo mando y punto". Eso no contribuye a la paz.

- *¿Estamos avanzando, padre?*

- Sólo en algunas cosas. Nos hemos quedado, por ejemplo, en la educación que se está mercantilizando de tal manera que no sabemos; los jóvenes no tienen seguridad de lograr a futuro un empleo.

- *Pero pese a todo usted tiene una terca esperanza ¿No es así?*

- Por supuesto que sí. Hay un principio de la esperanza en el cual creo, porque soy cristiano y creo en Dios y por eso espero. Creo que hay una capacidad extraordinaria en mucha gente de nuestra sociedad que se puede aprovechar con una buena educación y poder salir adelante. Yo creo en esa posibilidad.



*Anexo*



## *Palabras de homenaje al padre Mac Gregor \**

Jorge Basadre

Un grupo de los organizadores de este homenaje que se acoge a un discreto rincón y, como un contraste, a pocos metros del bullicio y del tufo de una de las calles céntricas de la sucia Lima de ahora, ha querido, padre Mac Gregor, que dijera unas palabras alguien ajeno a la Universidad Católica; y ha insistido para conferir tal encargo a mí, hombre que se jacta de su difícil y no siempre bien comprendida vocación de solitario franco tirador.

Conocí al padre Mac Gregor en Buenos Aires en 1942 cuando estudiaba Filosofía y Teología en el Colegio Máximo de San José. Ya, desde entonces, le rodeaba un excepcional prestigio. No sé si en la niñez tuvo la compañía de la pobreza, dura y buena amiga de las almas fuertes. Sea lo que fuere, no encontró su mesa puesta. Albergó siempre la sabiduría de preferir los bienes que dan escasa o ninguna renta. Quedó ungido, desde temprano, con el óleo de textos eternos, sin desoír, sin embargo, las mejores voces de nuestro tiempo; así, no hace mucho, fue el único comentarista que en Lima tuvo el fallecimiento de Ernst Bloch, el autor de *El principio esperanza*, filósofo independiente cuyas ideas en algo han influido en la nueva teología católica y protestante alemana con Jürgen Moltmann y Johannes Metz.

Al gobierno de la Universidad Católica llegó en 1963 después de ese tránsito humilde y utilísimo que algunos hicimos por la docencia secundaria como entrenamiento para la cátedra. La institución fundada por el padre Dintilhac tuvo entonces el acierto de escoger al hombre adecuado en este país donde, en diversos campos de la

---

\* Leídas durante el banquete ofrecido al padre Mac Gregor el 15 de noviembre de 1977, en el Salón Perú del Hotel *Crillón*, al concluir su rectorado en la Universidad Católica (1963-77).

vida, impera la costumbre de ir al desperdicio de los hombres superiores en un trasplante criollo de la ley económica llamada de Gresham según la cual, cuando circulan dos monedas, una mejor que la otra, la mala desaloja a la buena. Ni en su nombramiento ni en su trayectoria rectoral estuvieron agazapadas o sueltas las jaurías de la política y, por lo tanto, quedó Mac Gregor inmune a las manchas indelebles que ellas dejan.

Como quien labora en un surco, Mac Gregor estuvo presente en la construcción y en el acondicionamiento de las nuevas casas de Pando; y, con la paciencia de un obrero rural, vivió sin desaliento, la pasión y la fatiga angustiosa de crear.

Fue y es ésta la historia de una institución en marcha que, como todas las de su género, hállase bajo el influjo del bullicioso enjambre creados por la masificación, la proletarización y la politización del estudiantado; pero aquí hay otro factor no bien valorizado por algunos.

Me refiero a la aparición y al aumento de especialistas jóvenes y capaces, por lo general, formados o perfeccionados en grandes centros extranjeros dentro de disciplinas antes no cultivadas o cultivadas empíricamente aquí.

A esta historia en marcha, repito, no le falta valor genésico y una vitalidad compleja y, a veces, confusa; y, acaso, no le falte tampoco la impureza del común de los hombres. Al fin y al cabo, el barro es un ingrediente del ser humano y de los palacios, aun de los palacios de Dios.

Sin ánimo de menosprecio a la Universidad Católica anterior, es dable afirmar que en el periodo de Mac Gregor hay un aperturismo y una aglutinación de facultades, o departamentos o programas cada vez más complejos, acompañados por un pluralismo de personas en actividades directivas, aunque, por ello u otras causas, en algunos de esos territorios suelen soplar encontrados ventarrones. Así, poco a poco, siguiendo el camino lento por donde avanzan las cosas verdaderamente grandes, este centro de estudios ha llegado a competir en el nivel académico con San Marcos que le lleva la

ventaja de cuatro siglos; y no sólo absorbe, organiza, divulga, expande y crea en diversas áreas la ciencia y la cultura sino las salva hasta ahora, cuando tantas cosas han naufragado o están en peligro de naufragar en el Perú.

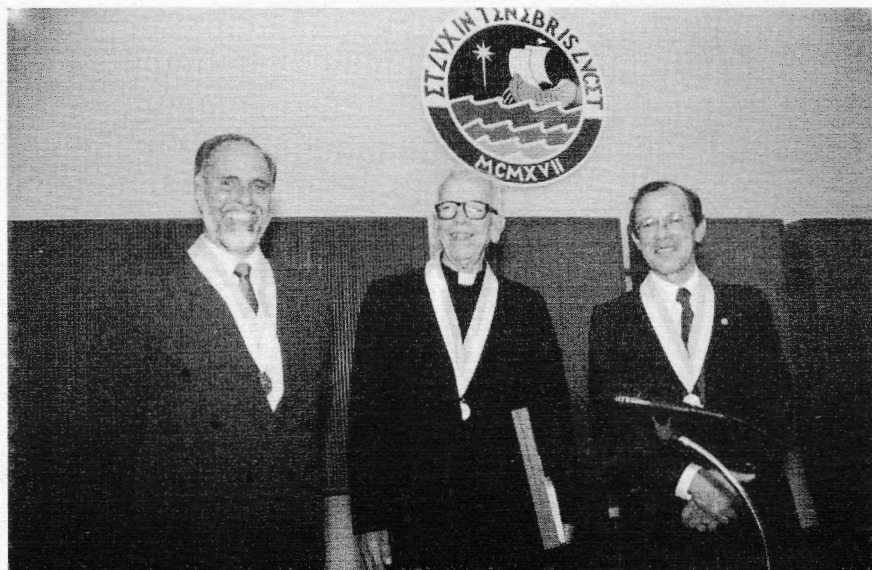
Mac Gregor fue un rector desarmado. Como todos los valientes auténticos, fue pacífico. Madrugador y laborioso, supo que, para conducir, primero hay que ver. Si no la conoció, hizo suya la frase según la cual nunca será realmente jefe quien no sabe escuchar. Durante catorce años con numerosos avatares, su obra tuvo continuidad, coherencia y, algo más importante aún, fidelidad a la misión de la Universidad. Su vocación de sacerdote y su contextura de profesor de Ética fortalecieron su cotidiana y, a veces, amarga experiencia, enriquecida, además, gracias al estímulo de seminarios internacionales de estudios y gracias también a la dirección de otras entidades universitarias aquí y afuera. Obstinado y dúctil, discreto y franco, paciente y dinámico, careció de prejuicios y de rencores. Le faltó una ración de veneno, aun ese poco necesario para la defensa en este medio donde la insidia prolifera impunemente todos los días.

Padre Mac Gregor:

Esta noche -he aquí un suceso insólito- se han reunido alrededor de usted, hombres ya sin poder, personas de las más diversas tendencias y características que, con motivo de su despedida, quieren, sin ningún menguado interés, hacer una simbólica reafirmación en el sentido de proclamar el permanente valor protector y creador de la Universidad auténtica; o sea exaltar la difícil tarea analítica, franca, seria, limpia que a ella corresponde en los campos de la educación, la ciencia y la cultura en esta época atormentada y en el Perú no sólo de hoy sino también en su nublado futuro, todo ello siempre y cuando disfrute de una esencial libertad.

El vuelo alto de sus días no ha concluido. Le espera, entre otras cosas, su actuación como miembro del Consejo de Gobernadores de la extraña y novísima Universidad de las Naciones Unidas en Tokio, cuyo funcionamiento muchos esperamos con avidez. De la Universidad Católica no le quedarán ya sino amistades y libros y

también, por cierto, soterrados recuerdos que han de acompañarle en noches sin remordimientos. Desearíamos todos los aquí presentes que al lado de dichos recuerdos sobreviva más tarde el del encuentro de hoy en donde sus amigos vinimos a acompañarle con los mejores deseos y a decirle: ¡Gracias!



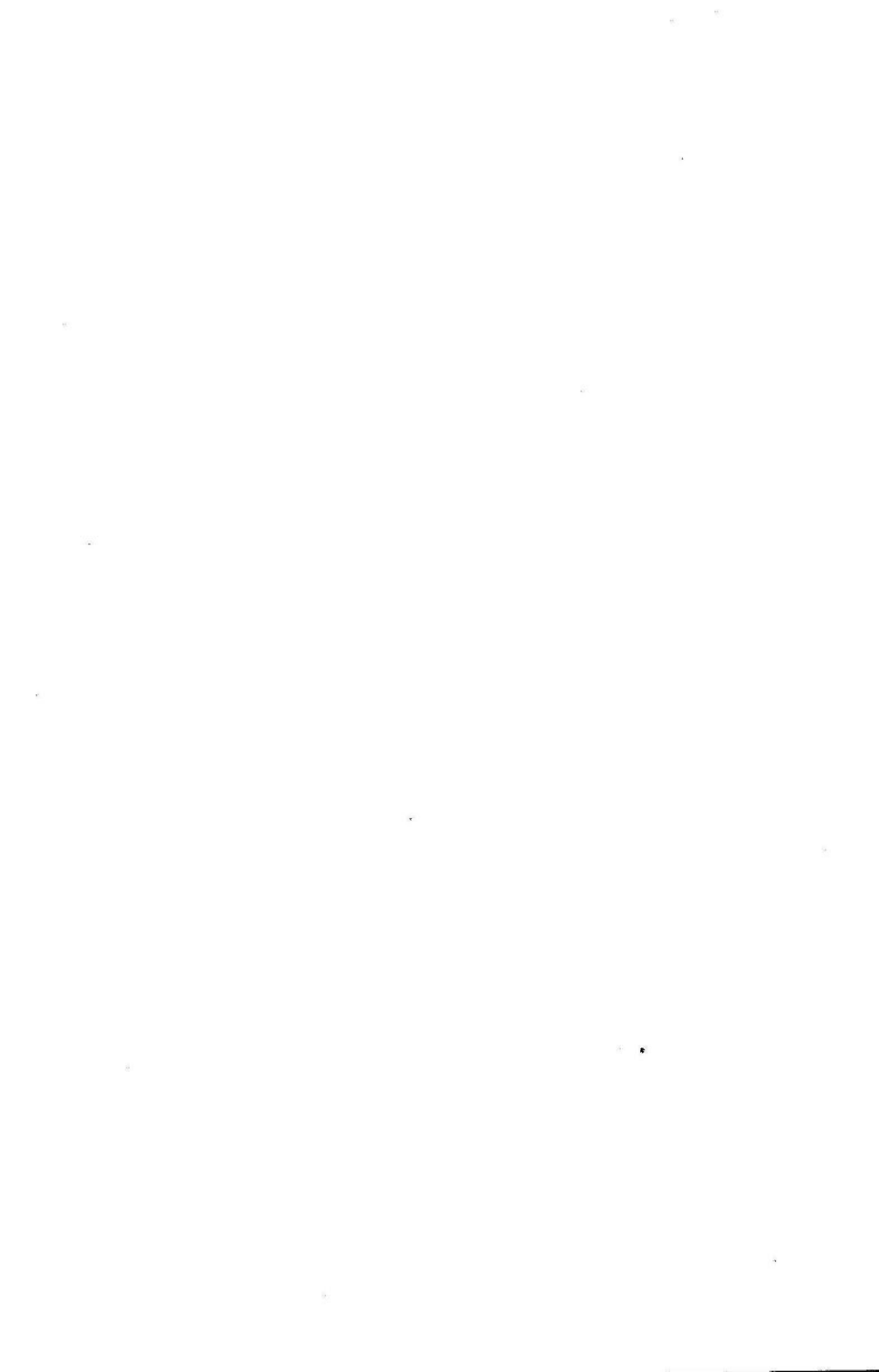
De izquierda a derecha, el vicerrector administrativo doctor *Marcial Rubio Correa*, el padre *Mac Gregor* y el rector doctor *Salomón Lerner Febres*. Auditorio de Derecho. San Miguel (Lima): 13 de noviembre de 1998. (Foto por Martín Zevallos Ullauri).



El padre Mac Gregor S.J. recibe el saludo de los doctores *Luis Jaime Cisneros Vizquerra* y *Sara María Hamann Carrillo de Cisneros*. San Miguel (Lima): 13 de noviembre de 1998. Auditorio de Derecho. (Foto por Cosme Trujillo Barrueta).



El padre *Mac Gregor* a punto de recibir el afectuoso abrazo del decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, doctor *Franklin Pease García Yrigoyen*. Auditorio de Derecho. San Miguel (Lima): 13 de noviembre de 1998. (Foto por Cosme Trujillo Barrueta).



## *Índice*

<b>Presentación,</b> por el doctor Fernando de Trazegnies Granda, profesor principal del Departamento de Derecho	7
<b>Felipe Mac Gregor, S.J.: un padre de misa y de trabajo,</b> por Marcial Rubio Correa	9
<b>Con la mirada amplia,</b> por Salomón Lerner Febres	19
<b>Cincuenta años en la Universidad Católica,</b> por Felipe E. Mac Gregor, S. J.	23
<b>ENTREVISTA</b>	
<b>Las confesiones del padre Mac Gregor:</b> <b>medio siglo al servicio de Dios y de los hombres,</b> por José Santillán Arruz	33
<b>ANEXO</b>	
<b>Palabras de homenaje al padre Mac Gregor,</b> por Jorge Basadre	41



## PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

### *Archivo de la Universidad*

*César Gutiérrez Muñoz*  
Archivero de la Universidad

*Beatriz Montoya Valenzuela*  
*Sheyla Prado Guevara*  
*Vanessa Veintemilla Minaya*  
Archiveras

*Arturo Fernández Farro*  
*Christian Prada Flores*  
*Diego del Río Figueroa*  
Alumnos colaboradores

*Javier Mendoza Suyo*  
Conservador

*Elizabeth García Vásquez*  
Diagramadora

Ejemplar N° **211**

El número 9 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de imprimir el 24 de diciembre de 1998, octogésimo segundo aniversario de la resolución suprema que toma nota del establecimiento de la Academia Universitaria, en Fredy's Publicaciones y Servicios e.i.r.l. La edición consta de trescientos ejemplares numerados.